



CHIQUILLERIA ADORANTE DE LA BOÑIGA DEL BURRO

Éramos chiquillos y chiquillas, chicuelos y chicuelas, niños traviesos y díscolos, “chisgarabís”, unos 40, de cuatro a seis años, los únicos que habíamos en el pueblo de Cañete, en la provincia de Cuenca

que, cansados de la enseñanza a base de palo y tentetieso, y la caña de la doctrina nacional católica, creamos una “peña” en la que adorábamos la boñiga del Burro, y su Rebuzno.

El Rebuzno del Asno era nuestra guía, y no ese Rebuzno insípido, insustancial y falso del maestro, el cura, el médico y el alcalde, las cuatro figuras importantes del pueblo, al que cambiamos su nombre Cañete llamándole Chiquiburra.

Nos gustaba decirnos que éramos hijos de mulato y negra o viceversa, o hijos de india y zambo o viceversa, porque sentíamos añoranza por Cuba, pues la mayoría de nuestros abuelos habían estado en su Guerra, y nos contaban aventuras buenas y, más bien, malas.

Cuando nos dolía la cabeza, nuestras madres nos ponían en las sienes unas rodajas de papel untadas de sebo como remedio casero para los dolores.

Cuando nos cruzábamos con paisanos o paisanas del pueblo, y nos preguntaban:

-¿Dónde vais chiquitos?

Les respondíamos:

-Señor, señora; señores, señoras, “chiquitos” son los indios de la región sudoeste de Bolivia, y “chirapa” llaman en Perú la lluvia con sol.

¡Tanto era nuestro amor por América descubierta por Colón;

En desvanes, rincones o escondrijos, o en lo alto y más oculto de un pajar, nos mirábamos nuestros chirimbolos y sus chirimías, objetos que no entendíamos que sirvieran para otra cosa que no fuera para mear. Así, los chicos llamábamos a las chicas: “Las ojetes”; y las chicas a los chicos: “Los pellejos”. Aunque, para nosotros eran instrumentos para tocar y besar.

Cuando oíamos un Rebuzno, le escuchábamos atentos, intentando ver de dónde provenía y cómo le llamaban a su amo en el pueblo, por ver si era un hombre bueno o malo.

Una vez visto, seguíamos al Burro donde fuera, al que llamábamos Santo Padre, pero se llamaba “Tú”, esperando con ilusión y pasión, que salieran de su ano, al que nosotros veíamos que se abría y se cerraba como un higo, que arrojara esas boñigas tan medio esféricas y calentitas, humeantes, cogiéndolas en nuestras manos, y pasándolas

de unos a otros, chiqueándolas como en juego de caricias. Alguno o alguna pasaban la lengua por ver a qué sabían.

Algunas chiribitas o partículas nos venían a los ojos ofuscándonos la vista.

Al amo del Burro llamaban “el tío Chiriguán”, porque parecía un indio del interior de Cochabamba, en Bolivia, y era, también, colmenero, pues tenía colmenas, y, también, le llamaban “el tío Chisquete”, porque, al hablar, la saliva le salía por la boca.

Esto era a la hora de la tarde, cuando ya habíamos terminado el Colegio, y nuestros padres sus labores, e iban a casa confiados en no tener que aguantar a los críos.

Mientras nos pasábamos las boñigas de mano en mano, como la calderilla del dinero, cantábamos desentonadamente:

“Hora de la tarde

Fin de las labores.

Amo del Burro

No pagues sus trabajos

A base de palos.

Al romper el día

Le apaleaste

Y eso que cuida

Tu huerta y tu noria

Al alba de la tarde.

Encima que le pegas

Nos da boñigas de balde.

Amo afortunado eres

Pues a jornal de Burro

Te hace un trabajo grande

Sin paular ni maular

**Dando una lección
Al mundo del trabajo.
Tu Burro es vespertino
Lo mismo que mañanero
Son tuyas las horas
Aunque tuyas sean
La huerta y la noria.
Tu Burro es tu vida
Cuida sus boñigas
Que su luz alumbra
Todas nuestras sendas
Para que vivamos
Siempre en su presencia”.**

A veces, en verano, el Burro nos hacía mucha gracia, pues “el tío Chisquete” le ponía un sombrero de copa alta. Nosotros parecíamos un hato de chivos y chivas tras de él.

A la noche, le llevábamos las boñigas, que habíamos traído, al azor que pasaba la noche con la perdiz que voló tras un viento norte chocolatero no muy fuerte, en la cuadra de “el tío Chisquete”. También, las chochas aves gallináceas sentían amor y cariño hacia las boñigas, pues se ponían a picotearlas como si de frijoles o alubias se tratara.

-Daniel de Culla